

ALUSIONES Y RECUERDOS

LA TRAGEDIA DE CEJADOR

•••○○○•••

Con este título, publicó don Roberto Castrovido en *La Voz*, de Madrid, del 30 de julio último, un artículo de fondo, comentario al libro de Julio Cejador y Frauca, «Recuerdos de mi vida», al que acompaña un prólogo de don Ramón Pérez de Ayala. Tanto en el artículo como en los «Recuerdos», se me alude repetidamente.

No voy, sin embargo, a recoger la alusión referente a la Exposición que el primer escritor llama «de los ojalateros» o de las guerras civiles, ni siquiera creo necesario tomar en cuenta lo que dice acerca de las elecciones de Académicos de la Lengua, en las que no me cabe responsabilidad, pues en ninguna de ellas, ni siquiera en la mía, he influido ni directa, ni indirectamente.

De mayor interés será tratar de esclarecer lo relativo a la personalidad científica de Cejador, y a sus relaciones con la REVISTA INTERNACIONAL DE LOS ESTUDIOS VASCOS. Para ello tengo datos fidedignos e inéditos.

El vascófilo aragonés se lamenta, en sus memorias, de no haber sido leído ni aun por sus amigos más íntimos, y los otros dos escritores citados tratan de averiguar la causa de este fracaso, al que el propio Cejador dió proporciones de tragedia.

«¿Por qué fué tasado en menos de lo que valía?—escribe el señor Castrovido—. Yo lo se. El se ha muerto sin saberlo. Lo achaca equivocadamente a la Institución Libre de Enseñanza. Pérez de Ayala explica la causa de esa, más que injusticia, tontería. Veía conjuras, conspiraciones, maquinaciones, algo secreto, terrible e implacable. Algo hubo de intencionada, sistemática y colectiva persecución en forma suave, hipócrita, de caridad desdeñosa. Pero no era por ahí, sino por el otro lado, y no estaba donde creía Cejador, ni en la acera de enfrente, la causa de sus desdichas, de la tragedia de su vida; la culpa se la tuvo él, por no ser metódico. No tenía

método para pensar, para estudiar, para escribir, para desarrollar sus inventos y sus teorías. Le faltaba la razón de método. ¡Pobre!»

Es indudable que Cejador fracasó por falta de método; pero a mi juicio, no fué esa la única, ni siquiera la causa principal de su fracaso. Antimetódico fué Charencey y, no obstante, se han aceptado algunas de sus etimologías. Es más; creo haber oído a Schuchardt que «le plus antimethodique des euskarisants», como le llamó alguien, acertó en más de un cincuenta por ciento de ellas!

No; el fracaso de Cejador se debe, además de a su falta de método, a su total y absoluta incomprensión de los problemas lingüísticos.

Sus principales errores fueron, aparte de otros cien de detalle, los tres siguientes: primero, el haber supuesto que mientras todas las lenguas evolucionan, el vascuence permanece inalterable a través de los siglos (1), hipótesis que contradicen, además del sentido común, la existencia de ocho dialectos vascos y las diferencias que observamos entre la lengua eúscara del siglo XVI y la actual; segundo, el no haberse detenido en la sílaba en el análisis de las palabras, pretendiendo dar una significación concreta y determinada a cada uno de los sonidos representados por una letra del alfabeto, sistema de algunos autores del siglo XVIII, hoy completamente desacreditado: y tercero, el haberse empeñado en sostener que el vascuence es la lengua primitiva de la humanidad, de la que derivan todas las del mundo.

Mostrar extrañeza de que los lingüistas no aceptaran tamaños dislates, equivale a sorprenderse de que, en una Academia de Medicina, no se aceptara un trabajo de un aficionado, en el que se negara, por ejemplo, la circulación de la sangre. Con estos antecedentes, se explica uno perfectamente que los estudios de Cejador no fueran apreciados por el señor Menéndez Pidal y sus colaboradores; más difícil de comprender es que el escritor aragonés llegara a ser, «en calidad de lingüista», catedrático de la Universidad Central.

* * *

En el artículo citado se habla del hallazgo o invento de Cejador y se hace observar que «hay reputaciones científicas, en el extran-

(1) Véase acerca de este punto su «Ibérica. I—Alfabeto e inscripciones ibéricas. Tirada aparte del «Bulletin de l'Associació Catalana d'Antropologia, Etnologia i Prehistoria». Vol. IV. 1926, págs. 130-225. Barcelona.

jero y en España, conquistadas sin derribar los andamios, sin hacer cosa de más substancia que exponer el método».

En realidad de verdad, no existe tal invento o hallazgo de Cejador, ni el vascófilo aragonés rompió ningún andamio. Si en nuestra región ha incurrido alguien en ese tenebroso pecado, habrá sido la REVISTA INTERNACIONAL DE LOS ESTUDIOS VASCOS.

Cejador no es, en suma, más que el último, o uno de los últimos eslabones de la larga cadena (que comienza en el siglo XVI) formada por los que antes de ahora, he llamado «etimólogos del Paraíso». Sus hipótesis principales (vestidas más a la antigua) las encontrará el curioso lector en las obras de Poza, Baltasar de Echave, Joannes d'Etcheberri II, Larramendi, Perochegui, Julián de Churruca, Astarloa, etc. Cejador las vistió a la moderna, y este disfraz pudo engañar a algunos; no a los que hubieran estudiado la cuestión con desapasionamiento y conocimiento de causa.



«Y su discípulo de Deusto, don Julio Urquijo—se lee en el mencionado artículo—le advierte que de escribir en la REVISTA DE ESTUDIOS VASCOS sobre el invento hecho en «El lenguaje» sería para refutar la doctrina. Y gracias que le hizo la merced del silencio.»

La verdad es, que deseando atraer a Cejador y apartarle de sus fantasías y quimeras, incluí su nombre en la primera lista de colaboradores de la REVISTA, y hasta publiqué en ella (1907) una nota bibliográfica, excesivamente benévola, de sus «Cabos sueltos. Literatura y Lingüística». Por lo primero me dió las gracias, en carta del 6 de febrero de 1907 (1); pero protestando de la influencia omní-

(1) Antes me había escrito, en diversas ocasiones: primero, anunciándome su salida de la Compañía; después pidiéndome recomendaciones para la Diputación de Vizcaya, para el Congreso, para el ministro de Gracia y Justicia. El 1 de Diciembre de 1906, me decía con respecto a mí. «Joannes d'Etcheberri»: «He recibido y hojeado, nada más que hojeado muy a la ligera tu libro. Es un primor cuanto a la impresión, y no menos cuanto a la manera crítica que has seguido para editarlo. Has hecho bien en dejar el latín y en seguir ese criterio ortográfico. Me gusta ese bascuence, aunque no he leído más que a saltos, algunos párrafos. Te agradezco la sana intención con que me citas en el prólogo; pero de hecho me colocas entre los vascófilos de antaño en busca de la lengua adamítica y entre los chiflados. Mi teoría no va «contra» lo que dicen los lingüistas, pues nadie ha probado lo contrario, sino que va más allá, sopena de que no hubiera

moda que, a su juicio, ejercía sobre mí Julien Vinson: «Te agradezco me hayas puesto entre los colaboradores de la REVISTA. Acerca de don Julián, que es el de mis Diálogos, mal bascófilo según Bonaparte, enemigo de España y de las Bascongadas, alma del famoso cenáculo anticatólico; que fué en París, espíritu cerrado como el puño, envidioso a carta cabal, crítico negativo por los cuatro costados, hombre que no ve un palmo más allá de sus narices y por consiguiente hecho a hormigear en minucias, incapaz de alzarse dos dedos del suelo y entender lo que otros hagan levantando tantico el vuelo, etc., desearía hablarte largo y tendido, pero de palabra, porque veo que es tu demonio soplador que te encandila. Por eso lees, según dices, mis libros, y hallas que «no estás conforme». Y más adelante: «Por eso no quise mandarles los libros: novi hominem. Mientras estés a su servicio y como discípulo, muy bien; en queriendo hablar con libertad, sin contar con él, llevándole la contra, verás quién es».

A pesar de lo que auguraba Cejador, yo rectifiqué en muchos puntos la «Bibliographie» de Vinson; y éste, lejos de enojarse por ello, me lo agradeció privada y públicamente. En lingüística me gustaban más los trabajos de los profesores Schuchardt y Uhlenbeck que los suyos. Vinson lo sabía y hasta aludió, más o menos veladamente, a ello, en algunos de sus artículos, lamentándolo; pero esto no le impidió mantener cordiales relaciones conmigo hasta su muerte.

Julio Cejador no llegó a enviar ningún trabajo para nuestra REVISTA; pero mostró su deseo de que ésta hiciera propaganda de sus obras. Entonces acudí al eminente lingüista, nuestro colaborador señor Uhlenbeck y le rogué escribiera un juicio crítico acerca de la obra «El Lenguaje». Le expliqué, si no recuerdo mal, que se trataba de un amigo; que su obra, a mi juicio, era anticientífica y antimetódica; pero que le agradecería pusiera de resalto, si le era posible, lo que en ella pudiera haber de utilizable. Accedió a ello amablemente el sabio profesor holandés (3 nov. 1908) y entonces le envié la citada obra. Después de conocerla no se mostró propicio a escribir el juicio crítico proyectado, lo que después de todo, era muy comprensible: «On peut bien voir—me escribía el 13 de diciembre

progreso en la ciencia y estuviéramos en la ignorancia primitiva». Al comienzo de la misma carta, me decía: «Ha sido para mí un gusto el ver tu nueva empresa de la REVISTA. De lleno andas metido en el bascuence. Está muy bien presentada. Te felicito cordialmente y ojalá dure muchos años, porque lleva trazas de ser provechosísima y de tener un criterio muy sano».

de 1908—que l'auteur est un homme d'esprit et qu'il possède une vaste érudition, mais comme vous l'avez dit, c'est un «Astarloa redivivus» et il n'a pas la méthode rigoureuse nécessaire pour parvenir a des résultats solides».

En 1909 dí cuenta de la aparición del tomo IV de «El Lenguaje»: «Este nuevo estudio es una muestra más del ingenio indudable y de la vasta erudición del autor; pero mucho me temo, lo digo. con honda pena, que la falta de un método lingüístico riguroso y lo aventurado de algunas opiniones, que nacen tal vez del deseo formado a priori de probar que todas las lenguas proceden del vascuence, hagan que el señor Cejador, mi antiguo maestro, sea considerado como un Astarloa redivivo».

El entonces catedrático del Instituto de Palencia respondió a mi nota, en carta del 9 de abril de 1909:

«He leído con harto pesar tu nota bibliográfica. Bien sé que no tienes mala intención, que a tenerla no te escribiera. Pero el efecto de la nota es horroroso, y Dios no te lo tenga en cuenta. Hablas de «falta de un método riguroso». ¿En qué falto yo al método riguroso? Valía la pena de mostrarlo, porque yo sería el primero en condenar mis libros si no siguiera enteramente el método moderno. «Deseo formado «a priori» de probar que todas las lenguas proceden del vascuence). Por mi obra no puedes sacar que sea «ca priori» ese deseo en mí (1) y yo te aseguro que jamás tuve ese deseo hasta que ví que ello era o me parecía ser así. A la verdad no debo mucho a los vascongados, ni el bizcaitarrismo puede halagar a nadie con sus sandeces, antes pone asco y repugnancia».

«Me dirás que tu no entiendes de indo-europeo ni de romanismo (2). Entonces ¿no es ligereza incalificable dar ese fallo? Entiendes de vascuence: ¿es mi método y análisis del euskera el de Astarloa? La derivación de cada palabra ¿no la hago conforme al ser del idio-

(1) Yo no lo había sacado de su obra, sino de lo que había observado antes. Porque, aunque Cejador no lo diga en sus memorias, él estudió en mis libros. En aquella época la biblioteca de Deusto no abundaba en obras de lingüística, y yo pedía al extranjero, cuantas gramáticas comparadas (entre otras las de Bopp y Friedrich Diez) y diccionarios deseaba Cejador. Mi sorpresa era grande al observar que, en vez de estudiar detenidamente estos libros, sólo buscaba en ellos, con febril avidez, lo que de lejos o de cerca pudiera confirmar, a su juicio, la fantástica hipótesis.

(2) Esta era otra de las obsesiones de Cejador: la de que él lo sabía todo, y los demás no se habían enterado de nada. Su juicio acerca del fundador y colaboradores de la «Revista de Filología Española» es fa mejor prueba de su ceguera.

ma? Ese «me temo que..., sin pruebas ni más, es para todo lector una manera suave, pero categórica de darme por fracasado, por un Astarloa redivivo. Todo eso has sacado del trato con ciertos extranjeros, y buen provecho te haga. Lo que «a priori» sí tienen ellos es condenar o dar por tonto todo escrito español y lo que «a priori» tiene un cierto señor que tu sabes bien es honda inquina contra el vascuence, aunque quiera pasar por entendido en él; pero ya dijo Bonaparte lo que del vascuence a ese fiero señor se le entendía. No mendigo ni quiero bombos de tales gentes. El tiempo juzgará. Se que mi teoría ha de levantar contradicciones y con ellas se ha de purificar.»

«Lo que siento seas tu el primero y escudándote tu modestia y reconociendo que no sabes lo bastante para juzgar, pero haciéndote portavoz de otros de peores entrañas y envidiosa soberbia. No soy un niño, Julio; mi obra es muy seria, mis estudios lingüísticos muy macizos, y mi teoría muy pensada y dejada dormir muchos años. Del I-E, yo no me aparto de los mejores autores; del euzkera juzga tu por mi análisis y dime en qué soy ancho de mangas.»

«Te ruego seas más asentado en tus juicios, porque sin querer, puedes hacer mucho daño. Tu amigo sincero.—Julio Cejador.»

En vista de que en esta carta me acusaba de ligereza y de hablar por boca de ganso, le anuncie que estaba dispuesto a escribir una serie de artículos en los que señalaría, los principales errores de sus obras; pero añadiendo que, como deseaba no hacerle daño, sólo comenzaría mi trabajo si el me comunicaba su conformidad (5). Cejador dió la callada por respuesta, y yo no publiqué mi trabajo.

Años más tarde, le encontré en Madrid, en una venta de libros. Me invitó a discutir en su biblioteca, y acudí a la cita. Recuerdo que le dije: —La prueba de que su sistema etimológico es falso, es que le ha servido para dar la etimología de «aroná», «extranjero».

—Así es—me contestó, y me mostró uno de sus libros.

—Pues bien; «carona» no es palabra vasca.

—La trae Azkue en su diccionario.

—No lo niego; pero Azkue la tomó de Guillermo de Humboldt y éste leyó mal el canto llamado de los cántabros. El códice del siglo XVI, que he examinado en Marquina, en casa de Mugártegui, dice «Erromaco armac», es decir, «las armas de Roma», no «Erro-

(1) Conservo muchas de las cartas de mis colaboradores; pero no guardo copia de las mías. No puedo, por lo tanto, reproducir fielmente mis palabras.

mato «aronac», como leyó erróneamente el sabio prusiano. Vea el fotograbado que he publicado en mi REVISTA.

Cejador no supo qué contestar, y después de un rato de conversación nos separamos amistosamente, pero sin ponernos de acuerdo.

!A esto queda reducido mi desdeñoso silencio!

En resumen, la causa del fracaso y de la tragedia hay que buscarla, como adivinó Pérez de Ayala, en el propio Cejador.

No tema, por lo demás, el señor Castrovido que algún sabio extranjero y metódico, de esos del «andamiaje», venga echándose las de descubridor de lo que descubrió Cejador. Algún día, quizás no muy lejano, se logrará probar metódicamente el parentesco del vascuence con idiomas de otras familias lingüísticas; pero ningún lingüista serio, ni español ni extranjero, sostendrá que el vasco es la lengua primitiva de la humanidad y que de él se derivan todos los idiomas del Universo.

Julio de URQUIJO